

Ya no me maltrata...

Llevaban mucho tiempo juntos. A veces parecía demasiado tiempo. Tenían los hijos, la casa y las deudas en común. También compartían heridas y amarguras. La mezcla del alcohol y las frustraciones de una vida hacia que cada fin de semana este hombre hiriera de palabra a su esposa. Semana tras semana, mes tras mes, año atrás año el maltrato se acumulaba en el alma de esta mujer y de sus hijos. Hay palabras más dolorosas que bofetadas. Por lo menos a los cachetes se les va la inflamación, pero el corazón se queda adolorido para siempre. Lo peor de todo es sentirse atrapado, sin alternativas para poder huir o defendernos de lo que nos hiere tan profundamente. El colmo es tener que dormir con ese enemigo y enfrentarlo todos los días esperando la próxima humillación, con los niños de trasfondo.

Muchos años después, cuando ya habían nietos, la mujer del relato nos sorprendió al declarar: "Yo sé que él ha cambiado... ya no me maltrata." No sólo era la ausencia del maltrato, sino la presencia de ternura y de cuidado. El hombre del relato había empezado a leer la Biblia y se había encontrado con el Dios que se revela en ella. El Dios que se revela a sí mismo como el protector del huérfano, de la viuda y del extranjero. En otras palabras, el defensor de los más desprotegidos. Este hombre se había encontrado con Jesús y había sido transformado por el poder del evangelio. Su corazón de piedra había dado paso al corazón de carne.

La evidencia de que amamos a Dios es que amamos a nuestro prójimo. Y no hay prójimo mas cercano que aquel o aquella con quien compartimos el lecho matrimonial. La evidencia concreta de que un hombre se ha reconciliado con Dios es que ama a su esposa como Cristo amó a la iglesia,...hasta el sacrificio. Pablo nos dice en la Carta a los Efesios que "el que ama a su mujer, a si mismo se ama". Muchas mujeres volvieron a tener esposo y muchos hijos volvieron a tener padre cuando ese hombre fue a los pies de la cruz. Tan importante es el trato hacia la esposa que el apóstol Pedro nos dice que al hombre que maltrata a su mujer "sus oraciones tienen estorbo". En otras palabras, Dios no le hace caso a su oración o a cualquier actividad religiosa que pueda desarrollar.

El sermón mas elocuente sobre el poder transformador de Dios que podemos proclamar en

esta sociedad es el amor verdadero entre un hombre y una mujer. Y lo mejor que nos puede pasar en la vida es haber nacido de ese amor y habernos criado a su sombra. Por que ese amor es reflejo del amor de Dios hecho carne en la persona de aquel que nos amó hasta el sacrificio. Él es nuestro ejemplo de lo que es amar.

Dr. César A. Vázquez Muñiz

portavoz Puerto Rico por la Familia

787-366-1465